

Escritura a ciegas

Tununa Mercado

Hay algo de impudicia en explorar la propia escritura, una especie de *moi par moi même* que rompe el recato con que solemos adornarnos los escritores. El experimento consiste en un cambio de papeles y de atribuciones: los críticos, quienes por competencia analizan y ponderan, se apartan y nos dejan frente al espejo, dueños y responsables de nuestras señales de identidad. Estudios de género, marcas de género; de entrada un modelo y unas categorías a las que habría que ajustarse para el develamiento. Imagino posibles modos de la búsqueda: un saber “arqueológico” capaz de separar los diferentes estratos de la escritura hasta llegar a ese insondable enigma del género; una semiología idónea que permita diagnosticar la evolución que sufrieron esas marcas hasta aflorar en la letra; una semiótica capaz de hurtar al determinismo del psi-falo al menos una línea de margen para discurrir sobre masculino y femenino y capaz de apartarse, esa semiótica, de las marcas más gruesas, puramente referenciales, que ya han dicho todo lo que había que decir en el texto, desbaratando cualquier misterio.

Aun a riesgo de permanecer en la pequeña historia, de dejar salir al correr de la máquina algunas ocurrencias en torno a mi escritura que sólo pudieron aparecer a posteriori, alertada tal vez por la perspectiva que nos convoca y, al mismo tiempo, aunque parezca incongruente, defendida de ella por desconocimiento, impaciencia o anarquía. Será un simulacro de análisis en asociación libre. Los primeros cuentos que escribí con una intención literaria se gestaron, por así decirlo, en los meses de mi segundo embarazo (querido). Involuntariamente, estaba haciendo una concesión al lugar común que homologa escribir con gestar y, más común aún, escribir con crear; y también una concesión a un espíritu feminista que seguramente permanecía aletargado en mí para sólo emerger años después. Me desdoble: en lugar de bordar, coser o tejer como en su primera maternidad esta chica se pone a escribir y llega al parto habiendo terminado seis relatos. El libro se llamó *Celebrar a la mujer como a una pascua* y sin embargo no era para nada una celebración feminista, sino más bien una ironía amarga y hasta misógina depositada en mujeres. Una lectura de ese libro breve más de treinta años después es imposible. No obstante, en los restos que ha dejado y que aún retengo podría aislar una idea general: alienación y encierro. No sólo las mujeres en esos textos -si me atengo a los conflictos- están entrampadas en sus pequeños mundos sino que anticipan una conciencia involuntaria de la sujeción que se resuelve a veces en salidas extremas: el extrañamiento frente al otro o su opuesto, la fusión; la vida doble o la vida por procuración; y aun la locura. Esa sujeción, sin embargo, si me retrotrajera al acto de escribir aquellos cuentos, se ejercía sobre el texto mismo; el modelo “sometedor” fue el género, en su sentido literario lato, es decir la forma narrativa, en la circunstancia el cuento, que se me imponía y me obligaba a nombrar y a acomodar personajes, entre otros recursos ficticios de ficción, y me desviaba, ahora me doy

cuenta, de la lengua, de mi propio idioma que, no obstante, a veces lograba decir o escribirse. Era como si el modelo se hubiera empeñado en canalizar y poner dique a ese estado de flotación entreaguas que era escribir y a la larga lo hubiese logrado. Lo cierto es que yo no sabía, y tal vez ni quería, *cerrar* una historia y he llegado a pensar que ese modelo era *un* masculino, que dominaba ejerciendo el máximo terror, que es la emasculación, si del falo de la lengua se trataba. Y mis resistencias anticipaban lo que después sería una idea del eros que no cesa, de un continuo amoroso que sobrepasa los términos concluyentes de la sexualidad dual, lo cual para nada era postular la anorgasmia o el autoerotismo, que tienen sus extremos fisiológicos en dos designaciones que prefiero evitar, y que distan mucho de la relación que tiene la palabra con el eros y la muerte, y menos aún pretendía conformarse con la sublimación, que sería un subterfugio para apartarse de los cuerpos.

Era finales de los sesenta y yo había puesto a prueba mi disposición a escribir; pero ya en el trance, me había dejado encarcelar por la literatura. No tenía claro por qué me molestaba tanto nombrar personajes, armarles diálogos, componer la narración de acuerdo a requisitos. La sintaxis, al menos la sintaxis, lograba fluir entre los escollos y así creo que algunos fragmentos se salvaron. De cualquier manera ese *Celebrar a la mujer* anticipaba algunas cuestiones que iban a reaparecer embretadas más tarde en la crítica feminista que vio allí antecedentes de una escritura femenina o feminista. Los géneros brillaban por su ausencia, no había teoría del género, y cuanto más, se veía resplandecer la liberación sexual de las mujeres que entonces era tirar por la borda las ataduras impuestas al cuerpo y, en el mismo acto, tirar también la carcerola y el repasador. En el cuento «Gloria de amor», nombre que delata el sarcasmo de la supuesta celebración como a una

pascua, progresa una situación de abandono enajenado: ella, la esposa y madre, ha dejado de ser y de hacer. En su cocina no hay nada que comer. El marido encuentra lo último que queda en la heladera, una berenjena “inmensa como bola de toro”. Estamos lejos de *Canon de alcoba*, y de los tiempos del goce enajenado de «Antieros», un texto que provocó muchas lecturas equívocas y que sería la antítesis de «Gloria de amor». De la privación a la abundancia.

En la última cocina de esa escritura la materia prolifera en incitaciones y la berenjena recupera su “falicidad”. Estamos en los setenta. No se habla de géneros todavía, al menos en mi entorno mexicano; el gran interrogante de las feministas de entonces es si existe o no una escritura femenina o, para desprenderse de cualquier ideología preexistente acerca de lo femenino o la femineidad, si se puede hablar de una escritura de mujer. Trato en ese momento de mirar para otro lado cuando me lo preguntan. La cuestión llegó a ser política; si alguien se atreve a decir que el sujeto de la escritura es un medium, o un andrógino, o un híbrido (nótese que la hibridez garcíacancliniana no existía, ni los estudios culturales) es antifeminista o machista, aunque quien lo sostenga sea una escritora mujer. ¿Tenía que aceptar que había sido “hablada” por mi condición femenina? Y sí, claro, me decía, he sido hablada también por mi clase, por mi identidad de origen, pero ¿eso qué me revela, en qué sentido aumenta mi lucidez acerca del sufrimiento de las mujeres explotadas del mundo? Y ¿qué tienen que ver sus luchas con esa competencia o saber que se ponen en juego al escribir, con la escritura propiamente dicha, con el dictado que la mano transcribe, con ese ejercicio de injertar y podar que por más sensatos que seamos – hombres o mujeres - preserva su misterio y no se deja revelar a la mirada del sabueso más feroz? Y el que ejecuta, ¿qué sabe de la marca que supuestamente

deja o libera su condición humana sexuada o genérica? Sabe menos que ninguno, pero hay un ambiente sobrecargado de intenciones que tiene espacio dónde reinar y que insensiblemente va empujándolo a definirse.

Una digresión dentro de la digresión mayor. (¿Estoy dándome cuenta de que en realidad escribir es una digresión?) No uso uno/una, ni, a la inversa, si quisiera privilegiar el género femenino una/uno. Si ése es el requisito para tener una buena posición renuncio a ésta y a aquél. No sólo quiebra, corta o cierra lo que estaba diciendo o escribiendo cuando escribo, sino que crea una marca indeleble de buen pensar. No me siento bien, ni me considero graciosa, si fuerzo el género de una palabra y le cambio la o por la a. El léxico “feminista” que alguna vez pudo haberme tentado (de risa) apenas me hace sonreír: miembra, boletina, individua, han dejado de servir al convertirse en estereotipos, como sucede con cualquier jerga. Tampoco me compensa como feminista que la dupla hombres y mujeres haya virado a varones y mujeres, creyendo que con ese recurso se reubicaba en su justo término el abuso de usar la palabra hombres para hablar de todos los seres humanos. Pero esa es una vieja discusión que se dio en la revista feminista *fem* y que muchas terminamos por perder, pese a tener argumentos: para algunas varón confería al hombre, meramente hombre, una cualidad, la de ser varón, que tenía en el diccionario cierta connotación de valor, fuerza, virilidad, y a la mujer le dejaba su identidad de mujer más todo lo que el diccionario arrastra de sumisión y desprecio y que citaré aparte. Para otras era castigarlo con la misma moneda, despojándolo de su condición de hombre para reducirlos a la pura filiación sexual de varón.

Todavía otras particularidades de ese tránsito desde la escritura hacia la lectura, ese vaivén entre el yo y el otro

en cuyo transcurso se forja la interpretación o la búsqueda en notación feminista. Son anécdotas a veces grotescas: por ejemplo, condenarme, cierta crítica, a la hoguera junto a los falocráticos por demostrar algún deleite en la descripción de un sexo masculino, aunque en sus trazos se hubiera atemperado todo verismo; decepcionarse, la crítica, porque en un encierro de mujeres, cuando el crescendo amoroso evolucionaba en el puro ámbito femenino, de pronto aparecían hombres con todo y falos. Endilgarme, de nuevo la crítica, haber exaltado en “Antieros” el placer en la cocina, espacio de dominación por antonomasia; o su contraparte, atribuirme la hazaña de haber desposeído a esas tareas domésticas de su carácter avieso y esclavo para estimular el retorno a una femineidad superada. Acusarme de sumisión al poder patriarcal por haber perpetuado la figura del voyeur masculino, presunto dueño exclusivo del goce de la mirada en el cuento “Ver”-acaso sin advertir que hay un goce de ser vista, o de oír y ser oída, que tiene su centro en la mujer, y que en cuestión de sentidos es tan gozoso oír como mirar, tan deleitoso exhibirse como espiar-.

En algún momento me detuve a pensar que mi afición a desarmar la miniatura, entendida como un cúmulo muy denso de atributos y valores, a esculcar en lo pequeño desafiando el sentido hasta que no dé más, para después rehacerlo desde su agotamiento, era un gesto de escritura que traía marca femenina. Por de pronto, esa capacidad para lidiar con lo mínimo, es una destreza aprendida por niños y niñas juntos en la clase de «Trabajos Manuales». Pero las niñas teníamos un plus, la clase de «Labores», que después se llamó, más moderna, «Economía Doméstica». Se trata de un concentrado de «materia prima» que se ofrece al recorte, al modelado, a la costura, al bordado, al plisado, y otras acciones de desnudamiento para las que hay que tener curiosidad y pericia.

La incitación es como la que puede provocar un adoquín: no hay nada, y de pronto se empiezan a ver las vetas. La búsqueda de la forma será desestratificar el bloque hasta hacerlo transparente. Y esa es tarea de motricidad fina y femenina, por aprendizaje y por norma.

Si no me hubiera sentado ante una máquina de escribir nunca habría escrito. Fue el paso de la pluma a la tecla, ese tipeo torpe sobre el blanco lo que estableció el circuito entre un adentro estancado y latente que se quería decir y un afuera que el acto mismo instauraba. Todo lo que antes había podido salir en cuadernos, cartas, diarios de adolescente, apuntes y notas escolares, dejó de existir en ese mismo instante. El principio ordenador fue tecnológico, su mecánica ruda plasmó una simultaneidad del pensar y el escribir y la incorporó como un mecanismo a mi persona. Pero antes de que el puente se tienda y aún mientras la tecla pone en acción el martillo y el martillo golpea e imprime en negro, la oscuridad es total. Trato de ver allí una señal antes de arrojarme o de cruzar. No veo porque está oscuro, no veo porque estoy ciega al pensamiento y a la palabra. El paso a la escritura no se deja captar ni se recuerda, se ha desplazado la carga desde el querer decir hacia el decir por escrito, se ha anulado el cero de la palabra y en la cadena que va a sucederse junto al cero se ha quebrado también el sonido. No sé si podré explicarlo: puedo ver lo que escribo, pero la escritura, el desencadenamiento, padecerá otra ceguera, la que se proyecta a partir de una imprevisión. No sabrá donde ir, pero finalmente irá, sucederá. Escribir no es hablar. Si pensar es el máximo erotismo, escribir es el máximo poder. A esta altura, es ese poder el que queremos lograr o medianamente preservar cuando la tecla martilla y vuelve a martillar. Sólo ese poder, que es la voluntad de forma - como sostenía Goethe - puede salvar a la especie humana de su destrucción.